Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA
QUINTO DOMINGO durante el año.
5 de febrero de 2006.
Marcos 1, 29-39

1.- Compasión y madurez. Es admirable la dedicación de Jesús a quienes sufren física y espiritualmente. Es su misión, extendida al bien de todos y de todas las comunidades. Su recurso a la oración silenciosa y retirada es una exigencia – que Él respeta – de su difícil y sacrificada misión. Quienes lo representan no pueden eludir ese estilo misionero. Pienso en los sacerdotes. Los fracasos que nos lastiman se originan en el descuido de la oración cotidiana, prolongada y fervorosa. Es pueril descargar la propia culpa en quien sea: Obispo, lugar del ejercicio del ministerio y la indiferencia de la propia comunidad. Cuando el Obispo ordena a un sacerdote supone ordenar a un ser maduro, no a un adolescente. Es propio del hombre maduro hacerse cargo de los propios errores, aunque no llegue a evitarlos oportunamente. Cuando las cosas andan mal, se produce un ocultamiento clásico, particularmente ante quienes pueden suministrar la medicina acertada. Quienes hacen coro a esas actitudes, dirigiendo sus acusaciones en dirección equivocada, no hacen bien al amigo – hombre o mujer, sacerdote o laico – que está padeciendo esa confusión. Jesús ofrece el modelo superador de tentaciones y de decisiones desacertadas: la oración constante y el humilde recurso a quienes pueden ofrecer la ayuda adecuada.

2.- Dios respetuoso de la libertad del hombre. Jesús atiende solícitamente a los que sufren la enfermedad o la posesión demoníaca del mal. Cura a quienes se dejan curar y, en consecuencia, es buscado y seguido incansablemente por la muchedumbre. No puede curar a quienes no acuden a Él, ni les interesa encontrarse con Él. Va en busca de los más distantes, fuera del círculo de los intencionales "acapadores" de turno: "*Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido*".[1] Dios es tan respetuoso de las decisiones libres que aparenta guardar silencio y estar ausente de la vida de quienes padecen la dolorosa experiencia de crecer. No es un malcriador, y menos un castrador; es Padre que educa, con el dictamen de sus inefables orientaciones y mediante las virtudes que constituyen a las personas en imagen suya. Trasladar a la vida diaria este divino comportamiento encuentra los escollos de la inmadurez - pagada de sí misma - de quienes atribuyen a otros sus personales errores y pecados. Esta reflexión, inspirada en las maneras – a veces sorprendentes – de obrar de Jesús, puede orientar la solicitud educadora de padres y maestros. ¡Qué distante se encuentra del "dejar hacer" de quienes escapan a su grave responsabilidad de educar! También lo está de quienes ahogan con una presencia sobreprotectora que no deja margen a un legítimo crecimiento de las personas.

3.- La madurez del hijo pródigo. Dios es Padre Bueno y, por lo mismo, paciente en la espera del regreso de su hijo distanciado y sin rumbo. La parábola que mejor señala el modelo de la espera amorosa y del regreso humilde es la titulada: "*el hijo pródigo*". El Padre no corre detrás del hijo, voluntariamente alejado, lo espera con los brazos abiertos; el hijo decide volver haciéndose cargo de su propia culpabilidad: "*He pecado contra el cielo y contra ti, no merezco ser llamado hijo tuyo*". Madurado en el sufrimiento, e ilustrado por la nostalgia de la casa paterna, emprende el regreso, sin inculpar a nadie de su extravío – menos a su Padre - : "*Volveré a la casa de mi Padre*". El Evangelio no es para escuchar sus párrafos distraídamente en la Misa dominical sino para aprender a vivir. Esto vale para todos, particularmente para quienes deben predicarlo. Jesús ofrece a los hombres un testimonio irrefutable, el de su obediencia al Padre, por el que lo hace visible. Tendremos que reiniciar el aprendizaje de su enseñanza. Lo lograremos al decidir hacer vida lo que escuchamos y enseñamos. El mundo está aguardando – de la Iglesia – el testimonio de la santidad de sus miembros. La evangelización - cumplimiento de su única y universal misión - consiste en la inserción de los cristianos en la vida pública con sus valores inconfundibles e identificatorios. Ello exigirá un espíritu batallador ante la presión adversa que intente debilitarla o neutralizarla.

4.- El fermento, poco y fino. La Iglesia – de la que somos miembros vivos – debe a la sociedad el Evangelio. Sin nuestra humilde fidelidad al mismo quedará opacada o distorsionada su presentación. Al jerarquizar nuestras actitudes - como cristianos - ésta debe ser la que abarque, en su totalidad, nuestro compromiso de creyentes. Debemos ser fieles a Cristo, a su palabra pronunciada y celebrada por la Iglesia. En esa tarea estamos empeñados, adoptando el estilo profético del Señor, e insertándola en la masa disgregada de una sociedad que se mueve a la deriva. Jesús nos habla del fermento, poco y fino, que da cuerpo a la masa; los cristianos debemos ser como el fermento, imperceptible y extremadamente reducido, destinado a conformar una sociedad ordenada a la luz de su

modelo: la familia de Dios. No es un imposible. Es el proyecto que el Evangelio ofrece, entre los que el hombre se atribuye, como de su exclusiva invención, hasta advertir su falacia. No es esta una visión pesimista de la realidad sino su descripción. La inteligencia, aparentemente tan desarrollada, sobre todo en el campo de las ciencias, tendrá que incorporar - a su innegable desarrollo - la humildad, virtud de sabios. Al cabo de su esforzada actividad necesita encontrarse con Cristo para no continuar a los tumbos.

5.- Espantosa ignorancia. La convicción que los Apóstoles manifiestan, en su intensa actividad misionera, se refiere a la necesidad del encuentro de los hombres con Cristo. No pueden dejar pasar la mínima ocasión de predicar a Cristo. Pablo lo descubre, entre los atenienses, en aquel misterioso altar dedicado "*al Dios desconocido*". Cristo debe ser predicado, porque debe ser conocido y amado. La espantosa ignorancia que se apodera de la conciencia moderna, cuando se trata de Él, es la causa principal de la indiferencia y del agnosticismo. Quienes aman a Cristo no pueden dejar de comunicar su conocimiento. De su anuncio y presentación depende el restablecimiento de la salud de la humanidad. Así lo entiende la Iglesia y, su constante acción evangelizadora, responde a esa comprensión. Enfrentará – en todos sus bautizados – muchas y graves dificultades hoy y siempre. Saltan a la vista.

---

[1] Marcos 1, 38.

Volver